

EL ALBA

Vol. 34 No. 6

Noviembre - Diciembre 2019

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliaargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

¿Qué podemos creer? 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Fe obediente 16

Fe en acción 18

Fe humilde 21

El perdón basado en la fe 24

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

El Juicio De La Nueva Creación
Parte 3 27

The Dawn – SPANISH Edition

NOV – DEC 2019

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

¿Qué podemos creer?

“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad... Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad?”
— Juan 18:37,38 —

NOSOTROS vivimos en un momento en que disponemos de la información, prácticamente ilimitada, en la palma de la mano. Para ilustrarlo de manera simple, el autor de este artículo recientemente realizó una búsqueda de palabras clave en Google del término “información”. En menos de un segundo la búsqueda arrojó 20.700 millones de “aciertos”. Para poner este número en perspectiva, si una persona no pasara más de un minuto revisando cada uno de ellos le llevaría más de 39.000 años revisarlos todos, o alrededor de 500 vidas.

Se evidencia claramente que ninguno de nosotros puede arañar la superficie en lo que respecta al procesamiento del vasto mundo de la información que poseemos y que, sin embargo, la utilizamos para tomar casi toda decisión en la vida. Ya sea de salud, de trabajo, de familia, del hogar, de finanzas, de creencias políticas, de problemas sociales o de convicciones religiosas, todos tomamos decisiones a diario en función de diversos elementos de información.

El hecho de que exista información tan inagotable puede plantear numerosas preguntas en

nuestras mentes: ¿Cuáles son las fuentes de la información que utilizamos? ¿Son verdaderas y confiables? ¿Están nuestras fuentes de información debidamente motivadas para ayudarnos? ¿Se hacen responsables dichas fuentes de la información que difunden? Dado que muchas fuentes de la misma información habitualmente están en conflicto entre sí en cuanto a lo que publican podríamos concluir que gran parte de lo que vemos y oímos en realidad es “desinformación”. En el mundo de hoy parece evidente también que la motivación para publicar información a menudo es egoísta y cuando se descubre que la información es incorrecta se carece de responsabilidad.

Aunque los comentarios anteriores se dirigen particularmente a las circunstancias actuales, en siglos pasados condiciones similares confundieron a la humanidad. En tiempos de Poncio Pilato, hace casi dos mil años, aunque el gran volumen de información era mucho menor, las preguntas e incertidumbres estaban en la mente de muchos que deseaban buscar la verdad. Por ejemplo, cuando Jesús fue llevado ante el tribunal de Pilato, el propio gobernador romano luchó con información contradictoria. Por un lado los líderes religiosos judíos acusaron a Jesús de todo tipo de pecado, incluso lo tildaron de blasfemo. Por otro, Pilato veía en Jesús a un hombre humilde que ejemplificaba sólo cualidades justas y amorosas. ¿Qué y a quién debía creer?

LA PALABRA DE DIOS ES VERDAD

Como recuerda nuestro texto inicial, Pilato preguntó a Jesús: “¿Qué es la verdad?” Hasta donde el

registro indica, Jesús no respondió directamente a la pregunta de Pilato. Sin embargo, la noche anterior, al estar Jesús orando en las horas previas a su detención, dijo a su Padre Celestial en referencia a sus discípulos: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es la verdad” (Juan 17:17). La “palabra” de verdad a la que aquí se hace referencia es, sin duda, las Escrituras del Antiguo Testamento, ya que era la única Palabra de Dios escrita que existía. Hoy debe incluirse el Nuevo Testamento como parte de esa Palabra en la que se encuentra la verdad.

Hacer una búsqueda cuidadosa de todas las promesas del Antiguo Testamento con el fin de descubrir en ellas algún tema central y coherente del que podamos hablar propiamente como “la verdad” sería una tarea difícil. Al estudiar sólo el Antiguo Testamento nadie podría estar seguro de haber hecho un análisis correcto del pensamiento principal que contienen sus páginas. Aquí, sin embargo, es donde el Nuevo Testamento sirve como una estrella guía en nuestra búsqueda de la verdad. En Hechos 3:21 el apóstol Pedro menciona: “Habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.”

Esta es una pista definitiva en cuanto al tema principal que Dios había hecho que todos sus profetas establecieran. ¿Cual fue ese tema tan importante para el Padre Celestial que hizo que todos sus profetas escribieran al respecto? Pedro lo describe como “tiempos de la restauración de todas las cosas.” Claramente, entonces, es el propósito divino, expuesto a lo largo del Antiguo Testamento y ahora confirmado en el Nuevo, que todas las cosas han de ser restauradas.

¿Cuáles son “todas las cosas” de las que habló Pedro y cuándo y cómo se restaurarán? En el versículo diecinueve de esta misma narrativa, Pedro usa la palabra “así que” diciendo: “arrepentíos”. Esto indica que la gran lección que establece, culminando con su referencia a los tiempos de la restauración en el versículo 21, se basa en algo que había ocurrido o se había dicho anteriormente. Buscando anteriormente en el capítulo encontramos que el apóstol había invocado el poder divino para restaurar a un hombre que había sido cojo desde su nacimiento. Los judíos que lo presenciaron se maravillaron mucho, preguntándose con qué poder se había hecho un milagro tan grande. —Hechos 3:1-10

En los versículos 12-18 Pedro explicó el asunto diciendo que se había logrado mediante la fe en Jesús, el Autor de la vida, a quien habían crucificado. Sin embargo, dejó claro que la muerte de Jesús no fue un aborto involuntario del plan divino, sino que Dios antes había declarado por boca de todos sus profetas que Cristo habría de padecer. La gente había cometido un pecado nacional y necesitaría arrepentirse antes de que pudiesen ser tuyas las bendiciones proporcionadas por Dios a través de Cristo. Entonces el apóstol continuó: “Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor.” —v. 19

El significado de la palabra griega traducida “refrigerio” en este versículo es “avivamiento”, como en el ejemplo de una persona que ha estado sin aliento. Pedro alude evidentemente al caso del hombre al que acababa de serle restaurada la salud y usó este milagro como ilustración de bendiciones futuras previstas por

Dios para toda la humanidad. La promesa se hace aún más hermosa al darnos cuenta de que la expresión “presencia del Señor” en el texto griego significa “rostro de Jehová”. En la antigüedad mostrarse la cara era señal de favor mientras que alejarse era señal de desagrado.

Esta idea es similar a la contenida en la bendición que Dios ordenó a Moisés pronunciar sobre Israel: “Jehová te bendiga y te guarde. Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia. Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz” (Num. 6:24-26). En sentido figurado, Dios apartó su rostro de su creación humana al transgredir nuestros primeros padres la ley divina. Se les expulsó de su hogar perfecto en el Edén y comenzaron a sufrir los efectos del pecado, que eventualmente resultaron en muerte.

Pedro nos dice, sin embargo, que viene la hora en que el Creador de nuevo volverá su rostro a la gente debido a que el rescate, el precio correspondiente al primer hombre perfecto, Adán, que desobedeció, ha sido proporcionado por la muerte voluntaria del hombre perfecto Jesús. Dios, por así decirlo, levantará su semblante sobre la humanidad, con el resultado de que habrá momentos de refrigerio y tiempos de avivamiento, como ilustra la curación del hombre cojo desde su nacimiento.

“ENVIARÁ A JESUCRISTO”

¿Cómo, cuándo y bajo qué circunstancias llegarán a la gente los tiempos prometidos de refrigerio? Pedro responde a estas preguntas explicando que el propósito de Dios era “enviar a Jesucristo”. Es evidentemente una referencia a la segunda venida de

Jesús, o presencia. Cuando Pedro dijo estas palabras ya había tenido lugar la primera venida de nuestro Señor, había resucitado de entre los muertos y había ascendido al cielo. Por lo tanto, al hablar de Jesús en su gloriosa condición celestial, Pedro continúa: “El cielo reciba hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de todos sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” —Hechos 3:20,21

En palabras de Pedro, tenemos algunos de los hechos más importantes de la revelación divina enfocados para nosotros, no por deducción humana o filosofía, sino por la enseñanza inspirada de uno de los apóstoles de Jesús. Por otra parte, nos dice qué era lo que Dios hizo que todos sus profetas escribieran, y que coloca el cumplimiento de todo lo que prometió con ella relacionado, como después de la segunda venida de Cristo. De hecho, declara que es para el cumplimiento de este propósito divino que el plan de Dios exige el regreso de Cristo.

Aunque no se menciona en el contexto de las palabras de Pedro aquí, justo antes de la “restauración de todas las cosas” es un trabajo preparatorio que incluye la “sacudida” de las instituciones malvadas actuales y que culmina en su eliminación en un gran “tiempo de angustia” (Hag. 2:6,7; Heb. 12:26-28; Dan. 12:1; Mat. 24:21,22). Después de esto, y al completar la clase de la Iglesia, se derramarán las bendiciones prometidas sobre toda la humanidad.

En los versículos que siguen a la declaración de la prometida “restauración de todas las cosas,” Pedro cita algunos ejemplos de lo que los profetas realmente dijeron sobre el tema. El primero al que menciona es una

profecía de Moisés: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable” (Hechos 3:22; Deut. 18:15). De hecho, Moisés fue un gran profeta y líder de Israel bajo su Pacto de Ley dado en el Monte Sinaí. Sin embargo, ninguno ganó vida bajo ese arreglo porque su estándar perfecto de justicia estaba más allá de la medida de la habilidad de un hombre imperfecto.

Sin embargo, la vida eterna estará disponible a la gente cuando se levante el profeta “semejante a” Moisés. Es decir, una restitución completa, o restauración, a una vida humana perfecta y eterna para todos los que obedezcan a ese profeta. Sin duda, nadie podría llegar a la conclusión de que se aplica a Cristo durante su segunda presencia simplemente leyendo la promesa hecha por Moisés. Es sólo porque el Apóstol Pedro nos dice que así es cómo se cumplirá que podemos apreciarlo como una de las características más importantes del plan de Dios para la restauración y bendición de la humanidad en el venidero Reino Mesíasico.

Después de citar esta profecía de Moisés, Pedro se remonta aún más al registro profético del Antiguo Testamento, incluso a la promesa que se hizo al fiel Abrahán: “En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra” (Hechos 3:25; Gén. 12:1-3; 22:18). Nos alegramos de que Pedro nos brinde este ejemplo adicional de promesas de restauración ya que sirve para asegurarnos de que estas futuras bendiciones de vida han sido provistas tanto para gentiles como para judíos. Serán accesibles a “todas las tribus, las familias y las naciones de la tierra.”

Hay dos partes clave de esa promesa hecha a Abrahán. Una es que todas las familias de la tierra deben ser bendecidas y la otra es que la bendición vendría a través de la simiente de Abrahán. En Gálatas 3:16, se hace una importante declaración explicativa del Nuevo Testamento al respecto: Pablo identifica específicamente a Jesús como la “simiente” prometida a Abrahán a través de la cual la humanidad será bendecida. Además en los versículos 27-29 del mismo capítulo el apóstol explica que los fieles seguidores de Jesús, por la fe, también se convierten en una parte de esa simiente “y herederos según la promesa.”

La oportunidad de participar con Jesús en la futura obra de bendición se ofreció primero a los judíos (Hechos 3:26). Sin embargo, cuando un número significativo de ellos no aceptó la oportunidad, Dios “visitó... a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hechos 15:14). Se han requerido casi dos mil años, desde el primer advenimiento de Jesús hasta ahora, para seleccionar entre judíos y gentiles a aquellos que participarán con Jesús como la simiente prometida en la futura bendición y restauración de las personas a la vida en la tierra. Esta obra de restauración, señalan las Escrituras, se realizará durante los mil años del reino de Cristo. —Apoc. 20:6; 1 Cor. 15:25,26

“Los sacerdotes y el jefe de la guardia del templo” estaban tristes porque Pedro enseñó a la gente tan claramente y “anunció en Jesús la resurrección de entre los muertos” (Hechos 4:1,2) En su maravilloso discurso registrado en el capítulo 3, Pedro no había usado la palabra resurrección, pero la gente entendía claramente que el gran trabajo futuro de la restauración,

que él declaró que Dios había pronunciando por boca de sus santos profetas, sin duda implicaba una resurrección de los muertos. Tenían razón. La palabra resurrección, que significa “levantarse de nuevo,” es simplemente otro término que usa la Biblia en presentarnos la perspectiva de las gloriosas bendiciones de salud, alegría y vida que pronto se ofrecerán a un mundo dolorido y moribundo.

POR TODOS LOS PROFETAS

¿Por qué, entonces, hay tanta información contradictoria y tantas opiniones diferentes en el mundo con respecto al destino presente y futuro del hombre? ¿De dónde obtienen su apoyo? Es posible encontrar un texto de la Escritura, o incluso varios, para probar cualquier teoría que deseemos. Es especialmente cierto si se sacan las Escrituras de su contexto y, por tanto, se distorsiona su significado. Sin embargo, este no es el método por el cual llegamos a la gran verdad sobre los tiempos de restauración, porque aquí hay algo, explica Pedro, declarado por todos los santos profetas de Dios.

Al repasar los escritos de los profetas encontramos que en realidad señalan un tiempo de restauración cada uno usando un lenguaje diferente y empleando diferentes ilustraciones que nos permite captar su significado más fácilmente. Isaías fue uno de los santos profetas, y en muchos lugares de su maravilloso libro toca el glorioso tema de la restauración, no usando esta palabra, sino describiendo las bendiciones que se derramarán sobre la gente durante los mil años del reino terrenal de Cristo. Observemos sus palabras:

“Y en aquel tiempo los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas. Entonces los humildes crecerán en alegría en Jehová, y los pobres entre los hombres se regocijarán en el Santo de Israel. Porque el violento será acabado, y el escarnecedor será consumido; serán destruidos todos los que se desvelan para hacer iniquidad, los que hacen pecar al hombre en palabra, los que arman lazo al que reprendía en la puerta, y pervierten la causa del justo con vanidad. Por tanto, Jehová, que redimió a Abraham, dice así a la casa de Jacob: No será ahora avergonzado Jacob, ni su rostro se pondrá pálido, porque verá a sus hijos, obra de mis manos en medio de ellos, que santificarán mi nombre; y santificarán al Santo de Jacob, y temerán al Dios de Israel. Y los que extraviados de espíritu aprenderán inteligencia, y los murmuradores aprenderán doctrina.”
—Isa. 29:18-24

Varios hechos importantes y alentadores llaman nuestra atención en la promesa anterior. Se curarán los ciegos y los sordos (Isa. 35:5). Sin duda se refiere tanto a la ceguera y la sordera físicas como mentales. El “violento” queda en nada, una referencia probable a la sujeción y destrucción final de Satanás (Apoc 20:1-3). Los mansos también aumentarán su alegría en el Señor y los pobres entre los hombres se regocijarán en el Santo de Israel. Ciertamente denota un mundo maravillosamente cambiado desde el presente, donde se oprimen a mansos y pobres a menudo.

Jacob estará allí, dice el profeta, y verá a sus hijos. Esta promesa se aplica al tiempo de la resurrección de los muertos. Entonces a los antes “extraviados de

espíritu” se les dará entendimiento. Esta es otra garantía de que las influencias cegadoras y engañosas de Satanás serán eliminadas. Entonces no será necesario que nadie pregunte: ¿Qué es la verdad? “La tierra será llena del conocimiento de Jehová.” —Isa. 11:9

En Isaías 35:6, 8, 10 se nos presentan otras características de los tiempos de restauración. Aquí el profeta nos dice que el cojo saltará como un ciervo. Isaías también dice que habrá un “camino” que se llamará “Camino de Santidad”. Desde el momento de la caída de Adán en el pecado y la muerte, la humanidad ha deambulado por lo que Jesús describe simbólicamente como un camino ancho que conduce a la destrucción y a la muerte (Mat. 7:13). El camino prometido es el de regreso de la muerte. Isaías escribe que “los redimidos de Jehová volverán... gozo perpetuo será sobre sus cabezas.”

Pablo explica que Jesús “se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Tim. 2:5,6). Todos, por lo tanto, están incluidos en la declaración “los redimidos de Jehová”, y será al regresar de la muerte que se les testificará, o se les dará a conocer, la gran verdad sobre la sangre expiatoria de Cristo. Todos aquellos que acepten esta provisión de la gracia divina y que vivan en armonía con las leyes y principios justos que se les enseñe a todas las personas en ese momento continuarán viviendo eternamente.

Nos encontramos con el siguiente testimonio adicional de Isaías con respecto a este glorioso tiempo: “Jehová desnudó su santo brazo [Jesucristo] ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra

verán la salvación del Dios nuestro”, “edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas” “y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.” —Isa. 52:10; 65:21,24

“DE LA TIERRA DEL ENEMIGO”

Jeremías fue otro de los santos profetas de Dios que predijo los tiempos de la restauración. Al dar consuelo a las madres que perdieron a sus hijos en la muerte, escribió: “Así ha dicho Jehová: Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron. Así ha dicho Jehová: Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo. Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová, y los hijos volverán a su propia tierra.” — Jer. 31:15-17

Pablo identifica la muerte como un gran enemigo que será destruido durante el reinado de Cristo (1 Cor. 15:25,26). La “tierra del enemigo” es, por tanto, la condición de la muerte y la promesa de que los hijos volverán de esta tierra seguramente significa que serán resucitados de entre los muertos. Regresar a su propia tierra simplemente significa que serán restaurados a la vida en la tierra. ¡Qué gloriosa perspectiva provee el testimonio de Jeremías!

LOS GENTILES TAMBIÉN

Las promesas de Dios relativas a la restauración no se limitan al pueblo judío, como indica claramente el profeta Ezequiel. Escribió acerca de la restauración de

los sodomitas y de otras personas malvadas del pasado: “Y tus hermanas, Sodoma con sus hijas... volverán a su primer estado; tú también [los israelitas] y tus hijas volveréis a vuestro primer estado.” —Eze. 16:55

El primer estado de los sodomitas estaba aquí en la tierra como seres humanos. Lo cual fue cierto también para los israelitas. La profecía de Ezequiel revela que todos deben regresar. Por lo tanto, una vez más, es la esperanza de restauración, o restitución, para todos que claramente llama nuestra atención.

Es evidente que Jesús estaba bien familiarizado con esta profecía y comprendió lo que significaba. Al hablar del futuro día del juicio del reino dijo que sería “más tolerable” para Sodoma y Gomorra que para aquellos judíos que en su día habían rechazado su mensaje (Mat. 10:15). Lo que ciertamente nos asegura que las personas ignorantemente malvadas del pasado serán despertadas del sueño de la muerte y se les dará la oportunidad de aceptar a Cristo y vivir. Las Escrituras señalan que el día del juicio es en realidad un día de prueba y que los que escuchen y obedezcan entonces, vivirán. —Juan 5:25

REDENCIÓN PROMETIDA

En una de las promesas del Antiguo Testamento de un Redentor venidero, Jehová dijo: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista” (Oseas 13:14). ¡Qué dicha por la seguridad del Padre Celestial de que no se “arrepentirá” con respecto a su propósito de liberar

a la gente de la muerte y destruir la tumba, la condición de muerte!

El profeta Habacuc escribió: “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria del Jehová, como las aguas cubren el mar” (Hab 2:14). Por el profeta Sofonías Dios declaró: “En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento” (Sof., 3:9). Hageo testificó también en nombre de Jehová, diciendo: “Vendrá el Deseado de todas las naciones” (Hag. 2:7) y Zacarías escribió: “Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre.” —Zac. 14:9

¡Qué agradecidos estamos de que el registro de las Escrituras proporcione información consistente, armoniosa y confiable desde Génesis hasta Apocalipsis sobre el gran plan de Dios para su creación humana! Sólo en el testimonio de la Biblia podemos encontrar respuesta real a la pregunta: ¿Qué es la verdad? De hecho, la Palabra de Dios es la fuente de toda verdad y proporciona en sus páginas la base para una gloriosa esperanza futura que todos pueden creer verdaderamente.

Fe obediente

Versículo Clave: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno.”

— *Deuteronomio 4:2*

Escritura Seleccionadas:
Deuteronomio 4:1-14

sobre el sacerdocio de Israel y la construcción del Tabernáculo.

La disposición de este acuerdo del Pacto de la Ley se produjo después de cumplir Dios su promesa de liberar a los israelitas de la esclavitud egipcia (Ex. 3:7,8; 14:30,31). Ahora que eran libres, era necesario que tuvieran un conjunto de leyes que los guiaran tanto en la vida diaria como en su servicio religioso a Dios. La observancia de la ley de Dios por parte de Israel comenzó mientras viajaban hacia la tierra prometida a su antepasado Abrahán. Cuando Dios llamó a Moisés para sacar a los hijos de Israel le dijo: “Yo os sacaré de la aflicción de Egipto a la tierra del cananeos,... a una tierra que fluye leche y miel.” —Ex. 3:17

EN su perfecta sabiduría Dios determinó proporcionar a su pueblo elegido, la nación de Israel, varias leyes y reglamentos por los que viviría. Los detalles de muchas de estas leyes se registran en los capítulos 20-24 de Éxodo y en los capítulos 25-30 se dan las instrucciones de Dios

Recordemos la declaración original del Señor a Abram sobre una tierra prometida aún no vista: “Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Gén. 12:1). Abram siguió las instrucciones de Dios, y por su fidelidad se le recompensó con mucha tierra y rebaños (Gen. 13:14-17; 24:34,35). Su nombre, Abram, que significa “padre exaltado” más tarde fue cambiado por Dios a Abrahán, que significa “padre de una multitud” (Gen. 17:5). Por el tiempo de Moisés los israelitas constituían esta ‘multitud’ salida de los lomos de Abrahán, y ahora acudían a la tierra prometida a él y a sus descendientes muchos siglos antes.

Volviendo de nuevo al momento de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia, Dios le dijo a Moisés que le utilizaría para liberar al pueblo: “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón” (Ex. 3:10). Después de pasar cuarenta años en la tierra de Madián cuidando los rebaños de su suegro, Moisés se había vuelto muy humilde. Había aprendido mansedumbre y desconfianza en su propia habilidad. Tal actitud, sin embargo, era exactamente lo que necesitaba con el fin de convertirse en un instrumento en la realización de los propósitos de Dios.

Al igual que Moisés, debemos aprender que los propósitos de Dios en nosotros no están de acuerdo con nuestras obras, poder o habilidad, sino con Dios. Todos aquellos a los que utilizaría en su servicio deberían aprender la lección contenida en estas palabras del Maestro: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Cada uno de nosotros debe observar cuidadosamente la dirección de la Providencia divina,

como Moisés, dándonos cuenta de que sólo cuando somos colaboradores junto a Dios podemos lograr cualquier cosa. —1 Cor. 3:9

Nuestro versículo clave indica que al trabajar juntos con Dios hemos de seguir sólo sus mandamientos y no tratar de hacer nuestra propia voluntad. Está escrito que al presentar Dios su ley a Israel, Moisés “tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (Ex. 24:7). Nosotros también debemos vivir por fe y confianza en Dios y darnos cuenta de que la obediencia a sus mandatos es de vital importancia ya que nos esforzamos para santificarnos en pensamiento, palabra y obra. —1 Sam. 15:22

Lección Dos

Fe en acción

Versículo clave: “Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que Jehová había dicho por Elías.”

— 1 Reyes 17:16

Escrituras

Seleccionadas:

1 Reyes 17:8-16

LOS eventos registrados en 1 Reyes capítulo 17 se relacionan con el ministerio del profeta Elías. Había sido elegido por Dios para informar a Acab, rey de Israel, que no habría lluvia ni rocío sobre la tierra durante varios años (v. 1), lo cual se debió al reinado malvado de Acab sobre el reino de las diez tribus de Israel (1 Reyes 16:29-33). Los

reinados malvados de los reyes de Israel, de los cuales Acab era descendiente, habían continuado hasta este momento, y el registro declara que “Acab... hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él.”

Después de anunciar Elías que la sequía vendría a la tierra, Dios le ordenó que se volviera hacia el este y que “se escondiera en el arroyo Querit, que está frente al Jordán”. Dios también le dijo al profeta que le enviaría cuervos para alimentarlo. Elías, deseando ser fiel a la palabra de Dios, hizo lo que el Señor le indicó (1 Reyes 17:2-5). Dios llevó a cabo su promesa de proporcionar la supervivencia de Elías con comida traída por los cuervos y asegurándose de que el arroyo de Querit no se secase. —v. 6

Después de un período de tiempo el arroyo se secó. Entonces el Señor le dijo a Elías que fuera a Sarepta, pues había dado instrucciones a una viuda que vivía allí para que lo sostuviera (vv. 7-9). Al llegar a su destino, Elías le pidió a la mujer agua para beber y pan para comer. Esta fue una prueba severa de la fe y de generosidad de la viuda, y parecería ser una solicitud audaz para Elías, especialmente teniendo en cuenta que la sequía también había llegado hasta allí. —vv. 10,11

La respuesta inicial de la viuda mostró claramente su angustia. “Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir.” (v. 12). Ahora se le había pedido a la pobre viuda que le

regalara lo que presumía sería la última comida para ella y su hijo.

Aunque era gentil, la viuda aparentemente respetaba a Dios, porque cuando Elías le hizo la promesa del Señor de que tendría suficiente comida para su hogar hasta que terminara la sequía, ella creyó y aceptó la petición de pan del profeta. Su fe fue recompensada. El registro dice que “comió él, y ella, y su casa, muchos días” hasta que terminó la sequía (vv. 13-15). Como se señaló en nuestro versículo clave, la pequeña cantidad de comida que tenía no “escaseó” ni tampoco se le agotó su pequeña cantidad de aceite. Todo esto fue “conforme a la palabra de Jehová”.

La solicitud de Elías de que primero le preparara pan a él antes de que la viuda se proporcionara comida a ella y a su hijo no fue por avaricia o egoísmo por su parte. Era, más bien, parte de la lección de fe que el Señor deseaba demostrar. Así como la fe de la viuda fue probada, el Señor también prueba nuestra fe (Santiago 1:2-4). Nuestras provisiones a veces parecen agotarse, pero Dios lo sabe y anulará nuestro bienestar espiritual y temporal si confiamos en él. Especialmente a lo largo de las líneas espirituales, estemos siempre agradecidos de que nuestro Padre Celestial nos brinde el pan de vida y el aceite del Espíritu Santo para sostenernos cada día. — Juan 6:35; Efe. 1:12-14

Fe humilde

Versículo clave: *“Por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero dí la palabra, y mi siervo será sano.”*

— *Lucas 7:7*

**Escrituras
Seleccionadas:**
Lucas 7:1-10

LA escena de nuestra lección se estableció poco después del Sermón del Monte. “Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum” (Lucas 7:1). Después de haber sido despreciado y rechazado en Nazaret, donde creció, Jesús hizo de Capernaum su “base de operaciones” durante su ministerio galileo. Pedro y otros de los discípulos de Jesús, muchos de los cuales eran pescadores, también hicieron su hogar en esa área porque estaba ubicada convenientemente en la costa del mar de Galilea.

El relato del capítulo 7 de Lucas explica que un centurión, capitán de la guardia romana en esa región, tenía un sirviente que le era muy querido, el cual había enfermado gravemente y estaba cerca de la muerte. El centurión gentil pidió a los líderes de la ciudad, que eran judíos, que enviaran a buscar a Jesús para que sanara a su siervo (vv. 2,3). Evidentemente había oído hablar de Jesús y de sus poderosos actos de curación, y probablemente era muy consciente de los milagros que Jesús ya había realizado en la región. —Lucas 4:31-41; 5:12-26; 6:6-11

No debe presumirse que el centurión no fue a encontrarse con Jesús personalmente para significar falta de respeto; más bien lo contrario, ya que sin duda sabía que Jesús era judío y se dio cuenta de que los judíos no debían tratar con gentiles (Deut. 7:1-6; Mat. 10:5; Hechos 10:28). Sin embargo, el centurión deseaba mucho que Jesús sanara a su siervo. De la narración es evidente que, aunque el centurión era un oficial del ejército romano, era un hombre de mente humilde, lleno de amabilidad y de buena reputación, incluso entre los judíos.

Los líderes de la ciudad buscaron a Jesús, y al encontrarlo, le explicaron que aunque el centurión era gentil, poseía un carácter noble y digno de que Jesús sanara a su siervo. Además declararon, “ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga”. (Lucas 7:4,5). Al escuchar estos informes Jesús fue con los líderes de la ciudad y se puso en camino a la casa del centurión. Cuando se acercaban un sirviente vino a encontrarse con Jesús con este mensaje del centurión: “Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo.” —v. 6

Nuestro versículo clave indica que la fe del centurión era tan fuerte que lo único necesario era que Jesús “dijera una palabra” y su siervo sería sanado. Jesús expresó su asombro ante la gran fe del centurión diciendo a toda la gente: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.” Cuando los que habían venido a encontrarse con el Señor regresaron al hogar del centurión descubrieron que su sirviente había sido sanado. —vv. 9,10

Los milagros de nuestro Señor sirvieron como ilustraciones a escala limitada que señalaban el gran alcance de los milagros que se realizarán para la humanidad durante su reinado mesiánico. Entonces todos los enfermos serán sanados, los muertos serán resucitados y todos tendrán la oportunidad de ser restaurados a la perfección. —Isa 35:5-10; Hechos 3:20-25; 24:15

Como seguidores del Maestro en la actualidad, en lugar de requerir signos y garantías visibles, descansemos en la fe, contentos de que aquel que tan amablemente nos ha anulado en el pasado es igualmente fiel hoy para cumplir todas sus buenas promesas. —1 Cor. 1:9; 10:13

El perdón basado en la fe

Versículo clave: “*Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama... Y [Jesús] dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; ve en paz.*”
— Lucas 7:47,50

Escrituras Seleccionadas:
Lucas 7:36-50

Jesús pronunció las palabras de nuestros versículos clave después de la parábola del acreedor y dos deudores, que dio mientras estaba en casa de un fariseo llamado Simón, que había estado escuchando la predicación de Jesús y le invitó a comer. —Lucas 7:36

Mientras Jesús y Simón comían, una mujer de la ciudad, conocida por ser pecadora, llegó a la casa, evidentemente consciente de que Jesús estaba allí, y llevando una caja de alabastro de unguento fino. El relato continúa afirmando que “estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos, y besaba sus pies, y los ungió con el perfume.”—vv. 37,38

Cuando Simón el fariseo fue testigo de lo que había sucedido, razonó dentro para sí que si Jesús fuera realmente un profeta habría sabido que la mujer era una pecadora y no debería haber permitido que lo tocara. Jesús, percibiendo sus pensamientos, vio la oportunidad

de brindar una lección y dijo a Simón: “Una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro.” —vv. 39,40

Entonces Jesús dijo esta parábola a Simón: “Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?” (vv. 41,42). El fariseo respondió que suponía que el que tenía la mayor deuda amaría más al acreedor. Jesús confirmó que había razonado correctamente.

Sin embargo, la lección que Jesús deseaba impartir aún no estaba completa. Le señaló a Simón que, aunque había sido hospitalario al invitarlo a su casa a comer, no le había proporcionado agua para los pies ni aceite para la cabeza, ni le había mostrado ningún afecto fraternal especial. Esa mujer, por otro lado, le había lavado los pies con lágrimas y los había ungido con unguento e, incluso, en un amoroso acto de humildad le había besado los pies. —vv. 44-46

Jesús pasó a mostrar cómo la parábola describía las posiciones relativas a Simón y a la mujer. Por sus obras, Jesús dijo que “ella amó mucho” mientras que Simón sólo había amado “poco”. Señaló sus obras porque sólo a través de ellas Simón podría ver la prueba de su fe. En nuestros versículos claves, Jesús declaró que el mayor amor de la mujer se desarrolló al darse cuenta de su condición pecaminosa y un sincero deseo de ser liberada de ella. Y le dijo: “Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado; ve en paz” (vv. 47-50). En realidad, por supuesto, fue la fe de la mujer, no sus obras, lo que la llevó a su perdón. —Ef. 2:8,9

Aquellos del pueblo de Dios que lo están sirviendo fielmente se encontrarán llenos de un amor genuino por su “Cabeza”, Cristo Jesús, y todos los miembros del “cuerpo” (1 Cor. 12:12-14; Ef. 4:15,16). La base de su amor, como en el caso de la mujer, se encontrará en una gran apreciación de sus propias imperfecciones y de la misericordia y gracia de Dios hacia ellas en el perdón de sus pecados. Estas condiciones seguramente se manifestarán, como la mujer, mediante un servicio humilde a los pies del Maestro, “olor fragante... agradable a Dios.” —Fil 4:18

Estudio IX

EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte 3

DEBERÍAMOS JUZGAR A NOSOTROS MISMOS

“Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados [castigados, corregidos por el Señor]”. — 1 Cor. 11:31.

La Regla de Oro ajustaría seguramente esta disposición de “hacer chismes” acerca de otros y acerca de sus asuntos. ¿Quién es el calumniador que quisiera ser calumniado? ¿Quién es el chismero que quisiera que sus asuntos, sus dificultades, y sus debilidades fueran discutidos públicamente o confidencialmente? El “mundo” apenas puede hablar de otra cosa que de habladurías y de maledicencias, sino sería preferible que la Nueva Creación fuera muda hasta que el amor y el plan de Dios le proporcionen el gran tema del cual los ángeles cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Entonces “los dichos de su boca y la meditación de su corazón” [Sal. 19:14] serán agradables al Señor y una bendición para aquellos con los que vendrá en contacto la Nueva Creación.

Hablando de la lengua, el Apóstol muestra que este pequeño miembro del cuerpo tiene una gran influencia.

Ella puede difundir palabras amables que nunca desaparecerán, sino se perpetuarán a la bendición de los vivos y por ellos a los que todavía no han nacido. O por otra parte, “llena de veneno mortal”, ella puede difundir semillas envenenadas de pensamientos para agriar la vida de unos, marchitar y quebrantar la vida de otros. El Apóstol dice: “Con ella bendecimos [honramos] al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres [les hacemos daño] . . . De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?” —Santiago 3:8-11.

Es “de la abundancia del corazón que habla la boca”, de modo que si chismeamos acerca de otros, nosotros “entremetiéndonos” en sus asuntos, esto prueba que una gran parte de nuestro corazón, si no la totalidad, está vacío en cuanto al amor y la gracia de Dios. Este pensamiento debería conducirnos en seguida al trono de la gracia y a la Palabra para llenarnos allí del Espíritu que el Señor prometió a los que tienen hambre y sed. Si tomamos *placer* de escuchar o de hablar mal de otros — lo que es aun peor que la habladuría vana y la intrusión en los asuntos de otros — la condición del corazón todavía es más mala: él se desborda de amargura, de envidia, de malicia, de odio, de espíritu de disputa. Estas son, dice el Apóstol, “obras de la carne y del diablo” (Gál. 5:19-21). Dejemos sacudir y despertar totalmente la “Nueva Creación” respecto a este tema, porque si usted hace estas cosas, caerá seguramente y no se le concederá la entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Para ser dignos de la entrada a este Reino, somos

conducidos a la dirección completamente opuesta, como lo declara el apóstol Pedro: “Añadid a vuestra fe . . . paciencia . . . afecto fraternal, *amor* . . . porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás . . . porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 1:5-10). El apóstol Santiago es muy claro respecto al tema y dice: “Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni *mintáis contra la verdad*; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica (Santiago 3:14,15). Quienquiera que tiene este espíritu maldiciente y amargo tiene el espíritu completamente opuesto al Espíritu de Cristo, al Espíritu Santo, al espíritu de Amor: que no mienta a sí mismo, ni a otros, que no se vanagloria en su vergüenza [Fil. 3:19], que no toma las tinieblas ni para la luz ni el espíritu de Satanás para el Espíritu del Ungido.

Persiguiendo su exposición, el Apóstol declara que el secreto de la confusión y de la agitación que han enturbiado todo el tiempo al pueblo del Señor reside en esta condición impura del corazón, santificada en parte solamente. Él dice “Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación [ansiedad, agitación] y toda obra perversa” (Santiago 3:16). Si se permite que crezcan estas semillas de la vieja naturaleza perdida, no sólo serán perjudiciales, sino que gradualmente, sofocarán y harán morir todas las flores dulces y bellas y las gracias del Espíritu.

EL JUICIO EQUITATIVO DE NOSOTROS MISMOS

Hablando de nuestro crecimiento conveniente como una Nueva Creación y de nuestro juicio equitativo, de la crítica equitativa de nosotros mismos el apóstol Pablo declara: “Puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor. 7:1). “Pruébese cada uno a sí mismo” — que tome nota de las debilidades y de las manchas de su naturaleza carnal caída y procure purificarse, rechazar las obras del “viejo hombre”, de ser renovado, cambiado de gloria a gloria, cada vez más a la imagen del Amado Hijo de Dios que es nuestro Ejemplo tanto como nuestro Redentor y Señor. Sin embargo, el apóstol Pablo nos incita a purificar no sólo nuestra carne en lo posible, sino que nuestro espíritu, nuestro entendimiento, con el fin de que el nuevo entendimiento, la santa resolución o la voluntad, tenga plena autoridad y a fin de que cada pensamiento sea traído cautivo a la voluntad de Dios tal como es expresada por Cristo e ilustrada en él.

Sería en vano que tratáramos de purificar la carne y de tener su lengua en rienda, si descuidáramos el corazón, el entendimiento, el espíritu donde germinan los pensamientos que simplemente se manifiestan en la mancha de la carne, por palabras y acciones. Es sólo por la oración y la perseverancia que se puede cumplir esta justificación necesaria para tener parte en el Reino: acabando “la santidad en el temor [reverencia] de Dios”. No es que podamos esperar tampoco cumplir una purificación total de la carne. Es aquella de la voluntad,

del corazón, del espíritu que el Señor exige (la cual implica una purificación de la carne y de la lengua tan completa como posible). Dondequiera que él ve el corazón puro y verdadero dirigido hacia él, hacia su espíritu y su Ley de Amor, él dará, al tiempo apropiado, el nuevo cuerpo que le convenga. “Bienaventurados los de limpio *corazón*, porque ellos verán a Dios”. —Mat. 5:8.

Así como son apropiadas aquí las palabras del Apóstol (2 Tes. 3:5): “Y el Señor *encamine vuestros corazones* al amor de Dios” — el amor que es dulce, humilde, paciente, longánimo; que se contenta de lo que tiene y que no se jacta, no es envidioso, que no piensa en el mal y no lo dice, sino que está confiado, bueno y lleno de estimación por otros, conforme a la Regla de Oro. Necesitamos tener nuestro corazón *dirigido* a este amor, porque como Nueva Creación, andamos por un camino nuevo — no según la carne, sino según el Espíritu. Y el Señor solo es nuestro guía, nuestro director competente, aunque pueda emplear varios de sus “miembros” como portavoz. “Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él”. —Isaías 30:21.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de enero - febrero de 2020)

